Parece que nuestra sociedad se quedó con palabras tan dramáticas como las del Obispo Joaquín Larraín Gandarillas, fundador de la Universidad Católica, en un discurso en 1863 aludiendo a la educación popular: "No la haría muy accesible a las clases bajas de la sociedad. ¿Qué gana el país con que los hijos de los campesinos y artesanos abandonen la condición en que los ha colocado la Providencia, para convertirlos las más de las veces en ociosos pedantes que se avergüenzan de sus padres y que aborrecen su honesto trabajo....Buena, excelente cosa es la instrucción del pueblo, pero cada cosa ha de estar en su lugar. Chile no sólo necesita de ingenieros y literatos, sino también, y mucho más, de numerosos y robustos brazos que exploten su agricultura y su industria. Para la inmensa mayoría basta una sólida instrucción primaria, en la que entre como principal elemento la religión, que es la más instruye, moraliza y hace feliz al pueblo"